

DISCURSO DEL ACADÉMICO DE NUMERO  
EXCMO. SR. D. JUAN VELARDE FUERTES

He de comenzar por señalar mi emoción por haber sido encargado por nuestra Corporación para dar la bienvenida a esta Casa y Torre de los Lujanes, nuestro albergue en virtud de la Real Orden de 30 de abril de 1866, a mi maestro, el Dr. Román Perpiñá Grau. El, que tanto tuvo que ver con la Valencia del Cid, también ha sabido ganar esta batalla del acceso —un acceso original, casi desnaturalizado, de hombre radicalmente libre, si se me apura— a nuestra Real Academia, casi tres años después de su muerte en su Reus natal.

El espíritu del profesor Perpiñá, con tal motivo, nos ha remitido tres presentes importantes. En primer lugar, la inmensa mayor parte de su biblioteca, un legado aminorado únicamente por una minúscula porción entregada a la Universidad de Barcelona como contrapartida a una pequeña ayuda monetaria. A esta entrega pronto se añadirá el envío generoso de dos grandes paquetes de libros de esta biblioteca de Perpiñá, que tenía en depósito el profesor Ramón Tamames, quien me ha anunciado que consideraba que deberían pasar a nuestro poder. Además, una antología de sus obras, que incluye, por supuesto, esa inmortal aportación que es *De Economía Hispana*, aparte de un complemento de su *Corología* y de un trabajo muy importante, pero menos conocido, *La política económica ante el memorandum Briand*. Se preparó esta antología dentro de esa maravillosa colección de facsímiles que se realiza en la Fundación FIES por el impulso de nuestro Presidente. Finalmente el legado de Perpiñá culmina con un nuevo análisis crítico de sus aportaciones, que ha preparado, en forma de *Introducción* a la mencionada antología, el profesor Jordi Palafox, de la Universidad de Valencia.

Como es de rigor, yo he de recoger las tres cosas en nombre de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, con una obligada glosa, que en este caso debe ser triple, porque a la vida y obra de quien vivió con estos libros y se quintaesencia en la antología titulada *De Economía Hispana y otros ensayos*, es preciso agregar, y agregaré, el comentario o si se prefiere, el intento de ampliación, del punto de vista de Palafox sobre Perpiñá.

La primera característica de la vida y obra de Román Perpiñá Grau es su coherencia rectilínea, desde que nace en Reus, en 1902, hasta que fallece, en la misma ciudad, como acabo de señalar, en 1991. No era una ciudad que viviese pendiente del mercado interior protegido. Por el contrario, buscaba ansiosamente noticias de lo que sucedía en los mercados extranjeros, ya fuesen los griegos o turcos de los frutos secos, o ya se tratase de los británicos de estos productos, así como del vino y de los metales. El ambiente familiar le empujó del mismo modo. Su padre era un importante propietario de viñas y de minas de plomo, y como nos ha probado el profesor Lluch, exportaba galena y vino del Priorato al mercado inglés, nación donde tenía abierta una oficina.

La formación básica la recibe, pues, en el seno de una familia de la burguesía mediterránea exportadora. He de añadir, además, que era una familia sólidamente católica. Le envió a estudiar su familia al Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuyos procedimientos pedagógicos elogia Perpiñá. Siempre fue un recio católico. Perteneció hasta su muerte y desde los tiempos casi aurales de Angel Herrera, a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Con Herrera acudió a más de un Congreso internacional importante. Precisamente en el seno de esta institución había de presentar una ponencia excelente, *Situación económica española y oportunidad de un plan de desarrollo*, que apareció en el boletín *A.C.N. de P.* el 1 de marzo de 1963. Se trata de una pieza esencial para entender la coherencia y continuidad de su pensamiento.

Su padre había decidido enviarle a continuar sus estudios fuera de España y, además, quería que se graduase en Economía. Consideraba que las dos grandes opciones universitarias que debía recomendar a sus hijos eran la Química y la Economía. Como persona que vivía de cara al exterior, daba muy poca importancia a los títulos expedidos por una Universidad como la española, que encontraba en exceso alicortada.

Al estallar la I Guerra Mundial, todo el plan se vino al suelo. Incluso el inicio del conflicto bloqueó a su padre más allá de nuestras fronteras. Consiguió llegar a Reus después de bastantes peripecias, cuando ya estaba alarmadísima su familia.

Su padre era muy aficionado a la música. Por eso se había hecho gran amigo del director de la sucursal en Reus del Banco de España. Este le habló del inicio de los cursos de la Universidad Comercial de Deusto, que se preparaban para 1915. Es seguro que la conversación que, posteriormente, tuvo que desarrollarse entre el padre de Perpiñá y el P. Chalbaud, que era el alma de aquel intento de la Compañía de Jesús, fue muy satisfactorio para el primero. Lo prueba no sólo el ambiente que Chalbaud pretendía —enseñar economía para ser empresarios católicos, que no se marchitasen los esenciales valores vascos, y que su título sólo tuviese valor en la actividad privada—, sino lo cómodo que acabó por sentirse en Deusto el joven Perpiñá.

Allí redondeó sus conocimientos de idiomas. Cuando concluyó los estudios universitarios conocía con buen nivel el francés, el inglés, el italiano, el castellano, el catalán y el latín, y estudiaba el alemán. Escribía Perpiñá bien la letra gótica y tenía buen oído. Pronto dominó la lengua germánica. Como se ve, siempre tuvo facilidad para los idiomas. Me lo probó una anécdota. Más adelante estudiaría el griego clásico, como todos sabemos. En un viaje a Atenas, se dedicó con ahínco a comprender y expresarse en el griego moderno. Un compañero de expedición me ha contado el asombro que producía en campesinos, en camareros, en tenderos, su jerga inicial, y cómo, dos semanas después, había pasado a entenderse perfectamente con todo el mundo.

Este talante casi rabioso de hombre de la frontera, de adelantado, de persona que pretende vivir más allá de los bordes protegidos de su huertecillo, pero en soledad, en rabiosa independencia, lo tenía también en el deporte. Su padre y los jesuitas le aficionaron en este sentido. Pero nunca le apeteció el deporte en equipo. Sí, y mucho, aquél en el que únicamente dependía de sí mismo el triunfo. El tenis, la equitación, la natación y la gimnasia, fueron siempre sus actividades preferidas en este sentido.

La apertura hacia el exterior en buena medida también se la proporcionó la Universidad Comercial de Deusto. Estaba suscrita esta institución a las mejores revistas de economía del mundo. Perpiñá leía con asiduidad el *Weltwirtschaftliches Archiv*, que se editaba en Kiel. Con él en la mano, decidió cursar el doctorado en Alemania. La tesis que pensaba trabajar en este país, primero, y después en Estados Unidos, era sobre los cárteles y trusts. Naturalmente, se fue a trabajar con Roberto Liefmann, cuya obra *Konzern, Kartelle und Trust*, aun tiene un valor de clásico.

El pentágono alemán de Perpiñá es fundamental. Sus cinco vértices fueron Munich, Francfort, Friburgo, Kiel y Berlín. En los dos primeros, trabajó no en el ambiente docente, sino en archivos bajo la dirección de Liefmann. A este le visitaba en Friburgo de Brisgovia. Es evidente que Liefmann tenía un talante neohistoricista. Por eso le incitó a Perpiñá a investigar sobre los datos, a tener presente, ante todo, lo que empíricamente era capaz de encontrar. Ese regusto por las citas exactas y numerosas, o incluso, numerosísimas, que se observa, por ejemplo, en *De Economía Hispana*, de ahí procede.

Pero Liefmann, como prueba su *Geld und Gold* en relación con la *decimotercera tesis* de Thomas Tooke, que explicaba los precios monetarios como determinados por las rentas del consumidor, lo que por cierto tendrá una desemboadura hacia la *Teoría General* de Keynes, no era un neohistoricista más. Forma parte, con Gottl, Oppenheimer —el maestro de Olariaga— y Spann —el maestro de Bermúdez Cañete—, del grupo de maestros que comienza a rectificar, más que en mismos, en la formación de nuevos economistas en Alemania. En el caso de Liefmann basta citar a Diehl y Eucken, entre otros. A todos estos neohistoricistas que rectifican, como señala Schumpeter, «ni sus críticos más severos pueden negar el mérito de haber estimulado muchos espíritus», aparte de provocar trabajos más de acuerdo con lo que era corriente en las aulas anglosajonas. Es el momento en que los célebres seminarios universitarios alemanes, comienzan a hacerse más permeables a los vientos de Viena. Dos nombres de este origen tuvieron mucha influencia desde entonces en Perpiñá: Mises, debiendo subrayarse que la contienda que mantendría con él la efectuaría desde la repugnancia del católico, no del economista, y Haberler, que le va a llevar hacia un neorricardianismo perfectamente congruente con su espíritu. Explícitamente, Perpiñá Grau, en 1936, destacará, junto con el de Gottfried Haberler, el magisterio que recibe de Viner,

Ohlin e Yntema. Por Perpiñá tuve la primera noticia de la polémica de Schumpeter con Joan Robinson en relación con el agradecimiento de ésta a Harrod, Viner e Yntema, en relación con la curva de ingreso marginal.

Señalaba que el pentágono germano de Perpiñá precisa asimismo del vértice de Kiel. A él llegó de becario del Institut für Weltwirtschaft de la Universidad de Kiel. Más adelante se convertiría en profesor visitante. Allí conoció y trabajó bajo la lejana influencia de Bernhard Harms. De éste procede el concepto de *estructura* que emplea Perpiñá, como se nos aclara definitivamente en la *Introducción a De Economía hispana infraestructura. historia*, de Ediciones Ariel, en 1972. Al mismo tiempo, empleaba esta palabra Wagemann. Con éste trabajó Perpiñá en 1926. Con gran elogio menciona Schumpeter al citado Instituto para la Economía Mundial, de Kiel, fundado —dice— «por uno de los organizadores de la investigación más eficaces que jamás han existido, el profesor Bernhard Harms». Lo destaca al lado del Institut für Konjunkturforschung, «fundado por otro organizador no menos eficaz, el profesor Ernst Wagemann, en Berlín».

Si se prescinde de este armazón, bastante complejo como toda realidad, Perpiñá se nos desdibuja, tiende a caricaturizarse. Por ejemplo, con el asunto Lösch. Lösch, discípulo de Eucken en Friburgo, y de Schumpeter y Spiethoff en Bonn, acabó por refugiar su antinacionalsocialismo —que se había iniciado con unas violentas polémicas en el terreno en que éstas son siempre más vivas, que es el de la población, como consecuencia de su tesis doctoral—, en el Instituto de Kiel para la Economía Mundial. Perpiñá era un asiduo de Kiel. En plena guerra, el Rector de la Universidad de Kiel y al mismo tiempo director del Instituto de Economía Mundial, era Andreas Predohl, autor, por cierto de una nota muy laudatoria sobre Harms cuando éste falleció en 1939. Era conocida su actitud fría con el régimen, lo que no le impedía publicar y hacer carrera universitaria. Por eso, cuando en 1944 llegó Perpiñá a esa ciudad, en medio de notables aventuras, en las que se encontraba un complicado vuelo de Lufthansa —el valor físico de este insigne español era uno más entre los muchos rasgos simpáticos de su carácter—, se encontró con un Predohl que llevaba una colosal esvástica sobre su chaqueta. Asombrado, Perpiñá le preguntó el motivo de aquella exhibición. «Calle, calle» —le indicó al parecer Predohl—, «como no haga estas exteriorizaciones, no sólo lo voy a pasar mal yo, sino que lo mismo va a ocurrir a algunos de los mejores investigadores del Instituto».

Fue en ese viaje cuando Predohl le habló de Lösch y sintetizó, muy apresuradamente las tesis de éste. Perpiñá no se pudo hacer con ningún ejemplar de *Die raumliche Ordnung der Wirtschaft*, de Lösch. No va a conocer este libro hasta incluso después de la traducción —excelente por todos los conceptos— de 1957, editada en Buenos Aires, de Oreste Popescu. Mencionará en sus notas a Lösch, nunca antes de la edición de Stuttgart de 1962. Todos nosotros habíamos descubierto a Lösch en el artículo de Valavanis, que se publicó en *The American*

*Economic Review* en septiembre de 1955. Perpiñá había comenzado con sus he-xágonos, como todos sabemos, en 1952. Fue después cuando se encontró con que él había llegado por un sendero a un resultado congruente con lo expuesto e investigado de otra manera por Lösch, por lo que en ediciones posteriores de su *Corología*, defenderá con viveza su originalidad.

«Predöhl —recuerdo que decía Perpiñá— elogia a Lösch porque parte de considerar a la teoría de la localización como una rama de la teoría de los precios, y por eso se alegra de ser un eslabón más en la cadena que, con Palander y sus aportaciones a la competencia imperfecta en relación con los mercados en el espacio, llega a Lösch y al intento de éste de enlazar con Walras, de una manera un tanto paralela a como lo hizo Leontief. Por eso Lösch y Leontief son dos economistas que han perfeccionado el conocimiento estructural y estructurante de las economías, por lo que todo elogio es pequeño. Pero ése no fue mi camino». El sendero que él indicaba con orgullo haber seguido, arranca de los sucesivos jalones de *De Economía Hispana* (1936); del *Prólogo*, aparecido en 1943, a la *Historia de la Economía Española* de Carrera Pujal, donde Perpiñá emplea de modo sistemático el término *infraestructura económica*; del artículo sobre esta cuestión de la infraestructura, o base natural, aparecido en *Anales de Economía* en 1945, donde va a explicar que procede de un viejo libro de Harms, que Perpiñá trabajó asiduamente, *Volkswirtschaft und Weltwirtschaft* (Jena, 1912); finalmente, de su trabajo *Ta prós ti: Fundamento de la economía*, publicado en el *Boletín de Estudios Económicos*, cuyo enlace filosófico estudió de modo cuidadoso el profesor Espínola en su tesis doctoral, *La teoría estructural de Román Perpiñá Grau*, y del que procede el ensayo *Propedéutica de la estructura económica hacia su conexión con las demás de todo pueblo*, aparecido por primera vez en la edición de Rialp (1952) de *Estructura económica y Economía hispana*, para la que, por cierto, fue fundamental el cuidado y trabajo adicional de nuestro presidente. Lo que encuentra más adelante en Lösch, señala Perpiñá que lo había hallado de manera independiente con su análisis estructural.

Conviene, sin embargo, no complicarnos demasiado la vida con el empleo que hace de la palabra *estructura*, y mucho más si la analizamos después del artículo de Machlup sobre esto en sus *Essays on Economic Semantics* (1963). No hay nada en el uso que hace de esta palabra Perpiñá que permita asociarle con el estructuralismo de Levi Strauss o de Godelier, y menos aun con el de Althusser, que hace proceder el concepto de un marxismo opuesto a las tesis de Lukacs, Gramsci y de toda la Escuela de Francfort. Tampoco tiene nada que ver Perpiñá con el *estructuralismo económico latinoamericano* de Prebisch y la CEPAL. Empleó por primera vez Perpiñá Grau la palabra *estructura económica* en la versión española de *De Economía Hispana*, en 1936, pero después de dudar. En el ensayo en alemán, que es de 1935, aparece *Wirtschaftsaubau*, o sea, *constitución económica*. Lo que Perpiñá pretendía era diferenciar del resto, lo estable de la economía, y en relación con eso, consideraba muy útil la expresión *Gestalt*,

que me confesó que la había tomado no de ningún especialista en ciencias sociales, sino de Goethe. Se decantó por la palabra *estructura*, me dijo, «porque estaba de moda en Alemania, y no puede nadie dejar, en ese sentido de citar a Wagemann, que había publicado en 1928 con mucho éxito su *Estructura y ritmo de la economía mundial*, que al hilo de la Gran Depresión sería traducida al español». Luego se afianzó en el manejo de la expresión *estructura* porque su maestro Harms la empleaba de manera que le parecía a Perpiñá muy correcta, tanto en el ensayo *Strukturwandlungen der deutscher Weltwirtschaft*, que había aparecido en los *Schriften* de la Verein für Sozialpolitik, en 1926, como en el titulado *Aufriss einer volkswirtschaftlichen Strukturlehre*, en el *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft*, 1939. Pero, repito, eso fue posterior.

Y, se dirá, ¿de dónde en todo esto surge el hexágono que en Lösch proviene de la famosa solución de la ecuación diferencial que aparece en el capítulo IX, *La región de mercado*, de su *Teoría económica espacial*? Pues, como sabemos todos los que hemos trabajado *De economía hispana*, del *Proyecto económico* de Bernardo Ward, que había manejado Perpiñá en la 2.<sup>a</sup> edición, la de Madrid de 1779. Ward proponía, a mediados del siglo XVIII, la construcción de seis caminos grandes, que debían partir de Madrid: uno hacia La Coruña; otro hacia Bayona, en Francia, por Burgos; el tercero hacia el Rosellón, por Barcelona; el cuarto, hacia Alicante; el quinto, hacia Sevilla y Cádiz, a través de las Nuevas Poblaciones; el sexto hacia Lisboa, a través de Badajoz. Salvo el cambio de Valencia por Alicante, ya tenemos ahí la red radial de carreteras y de ferrocarriles esenciales que existía en 1935. En cuanto publicó Juan Plaza Prieto su distribución provincial de la renta, se decidió Perpiñá a estudiar este hexágono y su centro, en conexión con sus viejos trabajos sobre periferia e interior. Después, con los estudios, mucho más completos, del Servicio de Estudios del Banco de Bilbao, insistió. No hay más misterio.

La crisis económica familiar —su padre se arruina y fallece al poco tiempo— le exigió volver desde Alemania al hogar, y abandonar la ampliación a Estados Unidos de su tesis doctoral. Allí quedaban las largas jornadas en la *Frankfurter Zeitung*, donde papeleteaba incansable noticia tras noticia sobre las sociedades de promoción de empresas en Alemania y su papel en la cartelización, hasta comprender que todo esto enlazaba con fenómenos que hoy llamaríamos de transnacionalización, y que Perpiñá, al advertir su singularidad, bautizaría como propios del Círculo Económico Superior (CES), aparte de percibir cómo existe —mucho antes de Berle y Means— una separación, en este proceso, de la propiedad y el control, pues «un pequeño capital es capaz de dominar grandes sociedades». Los primeros resultados de estas investigaciones los publicaría Perpiñá en la revista *Industria* de la Cámara Oficial de Industria de Barcelona.

En el momento del regreso, surge la figura de Cambó. Era amigo de un tío de Perpiñá. Ambos tenían localidades contiguas en el Liceo, pues ambos eran muy

aficionados a la música. Parecería que, de nuevo, Euterpe va a jugar un papel esencial en la vida de nuestro economista. Pero éste se niega a emplear la mediación de su tío. Directamente se presenta a Cambó. Este, encantado, lo acepta a su lado. Está inmerso en los trabajos del Comité Preparatorio de la Conferencia Económica de Génova, no de Ginebra, naturalmente, que se abriría el 10 de abril de 1922. De esta conferencia tenemos la exposición de Keynes en el *Manchester Guardian*, y la de Olariaga en *El Sol*, pero también está la interpretación menos inmediata, de Perpiñá como asesor de Cambó, que hay que inferir de los puntos de vista de éste, en relación con Felipe Rodés, como con el asunto Rathenau —piénsese en el papel de Cambó en relación con DUEG-CHADE, que directamente enlazaba con AEG—, así como con lo que la prensa española susurraba sobre la cuestión.

Pero aun existe otra etapa de formación que cronológicamente hay que situar entre las ayudas a Cábó-Rodés, que le facilitan desempeñar un puesto dentro del mundo del primero, —que en relación con la cuestión de Génova se aclara en las *Memòries (1876-1936)* de Cambó— y el trabajo diario de Perpiñá en CHADE. Justo en ese traslado, casi del sector público al privado, es cuando, seguro que con la aquiescencia del político catalán, consigue una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios, que le sirve para retornar a Alemania. Corría el año 1926. Trabajó sobre todo en el citado Institut für Konjunkturforschung que Wagemann dirigía en Berlín. Abandonaba muy tarde su biblioteca. En ella, en su local de Unter den Linden, me dijo que había aprendido las ventajas del rigor en el trabajo intelectual que había acarreado un Siglo de Oro, no ya a la Universidad alemana, sino a la eficacia del Estado prusiano. Pasa a admirar, definitivamente, no sólo la buena organización del lugar al que acude, que le permite obtener datos, argumentos, criterios, sino también la disciplina, la seriedad de Alemania. Por eso sostendrá que en todo ello radica precisamente la fuerza que siempre ha acabado por tener esta nación. En esa biblioteca se encontró, y entabló una buena amistad, con un compatriota, Luis Recasens Siches. Existía en el ámbito de la misma una enorme tranquilidad para el estudio. Le recordaba la del Ateneo de Madrid.

No por eso dejaba de acudir a los archivos de Francfort, a los ya visitados previamente de la *Frankfurten Zeitung*. Un día, le preguntaron si tenía esmoquin. Dijo que sí. Añadieron que el director le invitaba a una cena con destacados industriales y financieros alemanes, en la que iba a exponer sus puntos de vista un joven político. Acudí a ella. El joven político era Adolfo Hitler, también de esmoquin, naturalmente. Me comentó Perpiñá Grau: «Casi no me fijé en él. No dijo nada especialmente interesante. La atención la dediqué a la observación de los grandes capitanes de empresa alemanes que veía por primera vez. Después sentí no haber prestado más atención a Hitler. Era aquel momento de Weimar, muy fluido, y no escaseaban las alternativas políticas. Sinceramente consideré que era una más, que muy probablemente concluiría por liquidarse».

A los dos meses de haber llegado a Alemania, le llamó Cambó para que se encargase del Servicio de Estudios de CHADE. Fue el primero de este tipo que existió en España. «No caí bien allí», me insistió muchas veces Perpiñá. Los dos subdirectores le llamaban, irónicamente, «el sabio de Deusto» y añadía: «Desperté envidias y hubo maniobras para separarme del que llamaban *el amo*, o sea, de Cambó. Pero yo, aunque era el que lo controlaba todo, jamás le llamé *el amo*. Decidieron indicarle a Cambó que yo era un rebelde, porque iba en ocasiones, en vez de por la mañana, por la tarde. La contestación de Cambó la agradecí siempre: «—Que venga por la mañana o por la tarde. No quiero que digan en el futuro que corté las alas a Perpiñá». Generosa actitud que éste pagó años después, al fallecer Cambó en Argentina. Publicó en *Arriba* un trabajo muy elogioso para quien fue su primer superior.

En esta etapa publica su tesis doctoral —apareció primero en sucesivos números de *El Financiero* y, después, en una cortísima edición de 150 ejemplares— y decidió obtener un título académico español. Se hizo Intendente Mercantil. Con ello, me dijo, «se acentuó mi base realista, de andar en medio del mundo corriente de los negocios». Fue cuando, por la conexión de Cambó-Heinemann y CHADE-SOFINA, observa la maqueta que esta última empresa decide presentar en la Exposición Universal de Barcelona, que se abriría en 1929. Al contemplarla —se trataba de un enorme mapa en relieve de la zona oriental de la Península Ibérica en el que SOFINA exhibía los diferentes aprovechamientos hidroeléctricos y de regadío que allí existían—, de pronto, como me dijo Perpiñá, captó «que había dos Españas: una situada en la periferia, con buenas comunicaciones marítimas, y posibilidades de desarrollo, y una interior, con mercados dislocados por mil accidentes geográficos, que sólo podía albergar población y actividad económica si tenía un respaldo denodado del poder político, tal como sucedía con Madrid».

De ahí procede toda la elaboración de 1934-1935 —cuyos hitos ya están claros— de su concepto del equilibrio económico español, basado, como señala el profesor Palafox, en cuatro proposiciones de absoluta vigencia, que a mi me gusta ordenar así: «la importancia de los rendimientos crecientes en el desarrollo industrial», cuando acababa casi de enlazar Allyn Young con Adam Smith; la «relevancia del comercio exterior en el fomento del crecimiento»; los efectos de un sistema corporativo-intervencionista en el crecimiento; finalmente, el afianzamiento de la distribución espacial de la economía española por los tres motivos anteriores. Ninguno de ellos debe quedar soslayado. Le escuché sostener: «En España, cada *dasícora* —esto es, cada lugar muy poblado y de buen desarrollo económico— es un centro de poder. Históricamente han conseguido, hasta ahora —continuaba— predominar tres: el que se sitúa en Madrid; el de Barcelona y el vasco».

Es el momento, además, en que abandona CHADE. El tener que defender a las multinacionales del complejo mundo eléctrico y financiero, no le satisfacía. Comprendía que si quería lograr una situación opulenta, estaba en el lugar ade-

cuado y con las relaciones oportunas. Pero, me confesó, «me molestó pensar que, para permanecer allí, tendría que acabar haciendo algo inconfesable que, aunque yo no lo quisiese, haría que mi boca oliese mal, incluso cuando pronunciase palabras de verdad». Por eso decidió optar al puesto de Secretario Asesor del Centro de Estudios Económicos Valencianos, cuyo encaje dentro del mundo empresarial de esta provincia nos expone muy bien Jordi Palafox en su *Introducción*.

Pero esta estancia en Valencia añade dos elementos importantes para explicarnos del todo a Perpiñá. Por una parte, la tertulia diaria, muchas veces a la hora del café, en torno a quien fue nuestro compañero José María Zumalacárregui. La importancia de éste, en lo científico, en lo humano y en el magisterio, se acrecienta sin cesar. Todos esperamos mucho de la investigación que tiene casi culminada el profesor Manuel Varela. A esa reunión asistía también otro compañero nuestro, Manuel de Torres, así como Tomás, el hijo mayor de Zumalacárregui, que sería asesinado a poco de iniciarse la guerra civil. En esa reunión informal estoy seguro que experimentó Perpiñá aclaraciones intelectuales fundamentales para su consolidación como economista. Zumalacárregui situaba en primer lugar de sus preferencias al mundo de Lausana, encabezado por Walras y Pareto, a los neoclásicos, y a los austriacos. Allí no se obligaba precisamente a leer a Schmoller, y sí se recomendaba vehementemente a Marshall.

Otro complemento fue el político. Perpiñá muy catalán —por defender su idioma en un opúsculo de propaganda universitaria católica, estuvo encarcelado veinticuatro horas por la Dictadura—, muy católico, encajó bien en el mundo conservador de la ciudad del Turia, que no era solo el de la Derecha Regional Valenciana, —o el del Sporting, el Náutico o el Círculo de la Agricultura— sino el del grupo de la revista *Norma. Revista de exaltación universitaria*, editada por la Asociación de Antiguos Becarios del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, en la que colaboraron, entre otros, Zumalacárregui, Laín Entralgo, Corts Grau, Juan José López Ibor y Marco Merenciano. El talante político implícito en *Norma* nos lo ha aclarado Laín Entralgo en su *Descargo de conciencia*. Eso explica que el 18 de julio de 1936 la tertulia quedase pulverizada; que Perpiñá, para salvar la vida tuviese que huir de la Zona Republicana, disfrazado de centroamericano que había venido a la Madre Patria a hacer turismo, y que procuraba retornar lo antes posible a su país; que pasase a Zona Nacional donde, a más de ser teniente de Estado Mayor, colaboró con el grupo catalán inicial de la revista *Destino*, en la que escribía con el seudónimo de Ramón Colmeiro; finalmente, que retornase a Valencia como vencedor, ocupando un puesto de concejal en el primer Ayuntamiento que sigue al 1 de abril de 1939.

En Valencia fue donde germinó el nudo esencial desde el que se desparra- man más adelante sus diversos trabajos, ya sobre economía española; ya sobre economía hispanoamericana; o ya sobre economía colonial, desde la griega y ro-

mana, a la expansión rusa o a la norteamericana, o a la de Europa en Africa, en la que se pueden enmarcar perfectamente sus excelentes trabajos sobre la situación económica de Río Muni. También de Valencia proceden los antecedentes de sus opiniones sobre las talasocracias en las que halló una clara oposición respecto a las situaciones y talantes derivados de zonas continentales o epirocraías. De ahí que éstas -Prusia, Castilla, Rusia, la misma Francia- y las marítimas -Inglaterra, Cataluña, Estados Unidos, Japón-, tengan concepciones vitales dispares, lo que enlaza así a Perpiñá con viejas discusiones tradicionales en la geopolítica y en las Escuelas de Estado Mayor.

¿Fue todo absolutamente coherente en el pensamiento de Perpiñá Grau? Tras estudiarlo, espero que con cierto detenimiento, creo poder advertir en él tres *cortes epistemológicos* de cierta entidad.

El primero corresponde a dos ensayos publicados nada más concluir la guerra civil. Uno es *Destino Hispano* (editado por Jesús Barnés, en Valencia, 1939), y el otro es el artículo *Economía hispana y orden nuevo*, en *Anales de Economía*, n.º 2, abril-junio 1941. Es posible que se prolonguen en un artículo que publicó en alemán, creo recordar que en el *Zeitschrift für Nationalökonomie*. Varias veces se lo solicitó: «Es pronto», me repuso. «Cuando me muera es seguro que ya estará todo más tranquilo, y sabrás encajarlo adecuadamente en su contexto histórico. Como ya no comulgo con lo que sostuve, no tengo interés en ser yo el que lo difunda».

José Ramón Espínola, al enfrentarse con esto, en conversación con Perpiñá, destaca, en primer lugar que, al leerle las frases fundamentales —la tesis de Espínola se fecha en 1985— observa que ante ellas «hoy día él mismo se sorprende» y añade: «Todas estas expresiones, a cuarenta y cinco años vista, resultan ciertamente sorprendentes, incluso... para el propio Perpiñá. Únicamente pueden ser explicadas a partir de la hipótesis de unas vivencias particularmente intensas y traumáticas de Perpiñá en un contexto políticosocial sumamente radicalizado durante y tras la contienda civil. Si nos atenemos a los numerosos trabajos que Perpiñá publica, no ya antes, sino después de aquellos singulares años de la guerra y de la inmediata posguerra, en los que ni de lejos aparecen manifestaciones similares, —por ejemplo, es un Perpiñá intervencionista— puede sacarse la conclusión de que escritos como *El destino hispano...*, e incluso otros más moderados como *Economía hispana y orden nuevo...*, corresponden a un paréntesis..., inadecuadamente representativo del pensamiento de Perpiñá».

El segundo corte proviene de una progresiva dedicación de Perpiñá, derivada de los estudios espaciales, a la población que se asienta en las diversas regiones. En 1965, asiste por eso a la Conferencia Mundial de la Población, que se celebra en Belgrado. Volvió impresionadísimo. En ella el profesor King Hubbert, geólogo y geofísico, de la Universidad de Stanford, había criticado «la ciega dilapidación de los recursos minerales de la Tierra a muy altas tasas exponenciales, provocando un irresponsable e inaudito desarrollo fomentado por la ideología consumista que mo-

tivará que tal desarrollo acabará por no ser sino un fenómeno intrínsecamente efímero (doscientos años) en el más amplio cuadro de la historia de la Humanidad».

Para Perpiñá esto era cierto, y era preciso frenar el desarrollo. Enlazaba así, hacia atrás, con los economistas pesimistas, que tienen sus cumbres en el *Ensayo sobre la población* de Malthus y en la *Cuestión del carbón* de Stanley Jevons, y de modo contemporáneo con los sucesivos trabajos del Club de Roma, publicados a partir de *Los límites del crecimiento*, su primer informe. La última presentación de este pensamiento de Perpiñá es su artículo *¿Crisis económica mundial?*, publicada en *Fomento Social*, abril-junio 1984. Nunca admitió haber perdido la partida. Me dejó como herencia una vieja cartera llena de manuscritos para que yo los publicase con objeto de que quedase clara su temprana reacción ante la crisis de escasez que nos amenazaba. Nunca pude convencerle de que así condenaba a una muerte eterna a sus papeles.

El tercer abandono del espléndido camino real que constituye el almacén central de su trabajo, tendría que denominarse algo así como *progresiva descalificación de Europa*. Su intervención en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, al recibir su Medalla de honor, fue sobre esa cuestión. Sus aportaciones postreras en el seno de la Sociedad de Estudios Internacionales, en las páginas de la *Revista de Política Internacional*, podrían englobarse en el capítulo de muy serias advertencias ante Europa. De algún modo se prefiguraban así los ensayos de otro reticente europeísta, el gran economista Maurice Allais. Esa cartera a la que he hecho referencia, a más de alegatos sobre el porvenir de escasez que nos acecha, contiene multitud de puntos de vista dirigidos a ponernos en guardia ante la Europa que él avizoró mucho antes que casi todos, en su trabajo sobre el *Memorándum Briand*.

Tres quiebras que constituyen algo así como unos inicios de exploración hacia terrenos en los que los economistas han solido contender con bastante pasión. El intervencionismo, las alusiones excesivamente pesimistas ante el desarrollo y un creciente anticomunitarismo, por supuesto que nada tienen que ver con la marcha central que se muestra en esa nutrida bibliografía de Perpiñá, elaborada por el profesor Fernández Pérez. Pero, aunque no hayan podido integrarse en el eje de sus investigaciones, muestran que también en el exigente jardín de Perpiñá, han nacido esas peligrosas, pero siempre atractivas, plantas de la heterodoxia. Aunque, por supuesto, lo esencial de lo que ha cultivado acertó así a sintetizárnoslo nuestro compañero Fabián Estapé en 1974: «Perpiñá supo darse cuenta de las limitaciones inherentes a los planteamientos neoclásicos..., así como las grandes limitaciones que pesaban sobre las tentativas realizadas en Alemania, principalmente, para dar actualidad a las enseñanzas y métodos de la Joven Escuela Histórica... Román Perpiñá percibió, con mayor nitidez que los autores acreditados en Europa y en Estados Unidos, que la explicación satisfactoria de los fenómenos económicos y sociales no puede conseguirse ni con exceso de interpretaciones mecanicistas ni con las abstracciones que olvidan casi siempre... los factores decisivos», para concluir: «Lo menos que pue-

de decirse con respecto a la recepción de las ideas y sugerencias contenidas en los trabajos de Perpiñá... es que ha sido totalmente desproporcionada a su importancia intrínseca y a la trascendencia de su concepción metodológica».

Román Perpiñá Grau, con una Universidad que se le cerró del modo absurdo que muchos sabemos; con un lugar de trabajo —el Consejo de Economía Nacional— que se esfumó y, con él, la fuente de sus ingresos; finalmente, con una admirable y terca voluntad hidalga de no importunar y de asumir en solitario el agobio de la escasez, tuvo, tras la última vuelta del camino, algunas ayudas generosas que le permitieron morir con dignidad. Conviene que yo levante acta, para la historia, de este catálogo. Lo encabezan Ernest Lluch y José Luis García Delgado, que consiguieron del Ministro de Educación y Ciencia, José María Maravall, sirviéndose de la ficción de que su estancia en el lugar era la más dilatada, que Perpiñá no pagase nada en los últimos años de su vida en la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, entonces, antes y ahora, la *Resí* por antonomasia. También está en él la profesora de la Universidad de Navarra, Elvira Martínez Chacón, porque con el pretexto de regalos navideños de sus discípulos, hizo posible que pudiese vestir con alguna elegancia y con la dignidad corrientes en él. Finalmente, hay que destacar a nuestro compañero Manuel Fraga, porque lo solicitó, y a una persona siempre tan colaboradora con el mundo universitario como es Isidoro Alvarez, porque lo atendió inmediatamente, en su calidad de Presidente de la Fundación Ramón Areces, que facilitaron el dinero líquido sin el que no hubiese podido cubrir ciertas necesidades derivadas de su postrera y larga enfermedad. La última vez que le visité, en una residencia sanatorial de Barcelona, me dijo, con lágrimas en los ojos, refiriéndose a Fraga y a Isidoro Alvarez: —Soy muy feliz. Como cristiano no temo a la muerte en sí, pero me aterraba que me llegase en soledad, sin poder recibir atenciones elementales, que agonizase en condiciones miserables. Veo que gracias a la munificencia de la Fundación Areces y a la vigilancia que de todo hace Fraga, no tengo por qué preocuparme. Y eso me hace caminar con alegría estas últimas jornadas\*.

Al entrar del modo que hoy hace Perpiñá en nuestra Real Academia, no va a suponer, porque haya fallecido, menos colaboración en nuestros afanes diarios. Creo que, en ese sentido, debemos meditar lo muchísimo de verdad que tiene este párrafo final del *Sueño de la Muerte* de Quevedo: «Que los muertos pocas veces se burlan y que, gente sin pretensión y desengañada, más atiende a enseñar que a entretener». Por eso, en nombre de nuestra Corporación tengo que dar la bienvenida a las enseñanzas con las que Román Perpiñá Grau participará, desde hoy mismo, en nuestros trabajos.

He dicho.

---

\* Después de leídas estas palabras, el rector Lluch me remitió copia de una carta de Josep Abellí i Padró, alcalde de Reus, fechada el 28 de junio de 1994, que muestra otra generosísima aportación del Ayuntamiento de Reus efectuada en «els darrers moments de la vida del Sr. Romá Perpiñà i Grau».

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. JORDI PALAFOX\*  
(EL CONTEXTO SOCIAL DE LA OBRA DE PERPIÑÀ)

Casi treinta años después de abandonar Valencia, Don Román Perpiñá Grau se referiría explícitamente a la importancia de la influencia recíproca entre el proceso de formación de sus ideas económicas y las preocupaciones de la sociedad valenciana entre 1930 y 1936, cuando trabajó en el Centro de Estudios Económicos Valencianos de esta ciudad, afirmando: «La mera defensa de intereses económicos(...) no consigue una verdadera fuerza mental, convincente y duradera más que elevándose y meditando para comprender la realidad, con argumentación teórica y sistemática. Sólo así se beneficia y se sirve a la comunidad». (...) «El problema, continuaba, no es de enfrentamiento entre pros y contras, sino de fundamentar que la posición propia no sólo es beneficiosa para los propugnadores, sino que, por sus razonamientos, bien fundamentados en un sistema de bien común, requiere ser aceptada en beneficio de todos». Tras lo cual finalizaba: «Eso lo aprendí bien en Valencia: que la exportación es uno de los beneficios de toda economía, y no sólo para las zonas exportadoras sino para todas las Españas».

Subrayar esta interrelación entre el contexto social de la Valencia de los años treinta y el contenido de los escritos más relevantes de D. Román Perpiñá Grau durante estos años, que quiere ser el objetivo de mi intervención esta tarde, no implica, en modo alguno, que pretenda atribuir a su pensamiento económico un carácter puramente instrumental en la defensa de las reivindicaciones de los sectores exportadores. Pero sí que es a partir de la constatación de la existencia de intereses contrapuestos entre estos sectores dinámicos ligados a la exportación y los defensores —y beneficiarios— del fuerte intervencionismo que había dominado la actuación del sector público español en los decenios anteriores; que es a partir de la percepción de la importancia que habían tenido las exportaciones, y habría que añadir también las importaciones sobre el crecimiento de la economía valenciana, cómo tiene lugar el proceso de reflexión que conduce a la elaboración de su sugestivo modelo de crecimiento que contiene *De Economía Hispana*.

Esta importancia del contexto social en el que trabajó Román Perpiñá en su etapa valenciana no significa tampoco que sea el único factor a tener en cuenta a la hora de explicar la evolución de su pensamiento y la gestación de sus planteamientos fundamentales. Su trayectoria anterior, desde el ambiente familiar a sus estudios en la Universidad de Deusto, sus estancias en Alemania o los trabajos que realizó para el líder de la Lliga Regionalista Francesc Cambó son también

---

\* Universidad de Valencia e Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas.

elementos importantes que no deben ignorarse a la hora de abordar la formación intelectual de quien ha sido considerado el primer economista catalán del siglo xx. Pero en este el proceso de configuración de sus ideas parece difícil no conceder una importancia primordial a la influencia ejercida sobre Perpiñá por la difusión cada vez más amplia en el seno de los grupos económicos del País Valenciano del convencimiento de que la política arancelaria española discriminaba sus intereses; de que la intensa política interventora española perjudicaba a quienes estaban vinculados a las actividades más competitivas, entre las que se encontraban, como he indicado, gran parte de la economía valenciana —y de la agricultura de la región de nacimiento de Perpiñá—.

Si parece innegable la influencia de las preocupaciones de la sociedad valenciana sobre su pensamiento, no es menos relevante la influencia inversa: la de sus ideas sobre la forma en que aquéllas se manifestarían. Porque al mantener como tesis central tanto en *De Economía Hispana* como en los escritos que la preceden temporalmente, que el crecimiento de la industria y, en general, de la economía española, dependía de manera indirecta pero decisiva de la evolución de la exportación, la aportación más destacada de este sugestivo economista, *De Economía Hispana*, tiene, además de sus evidentes méritos como contribución al análisis económico aplicado, una trascendencia histórica y social evidente. En unos años en que los sectores más dinámicos del País Valenciano se enfrentaban a graves problemas para mantener la tasa de crecimiento provocados por la depresión económica internacional, pero agravados por la elevada protección arancelaria española, unas tesis como las defendidas en esta obra, y por extensión en los escritos que la preceden, constituían un punto de apoyo inestimable para argumentar con solidez, rigor y contundencia sus reivindicaciones acerca de la necesidad de un cambio en la política económica.

Y para hacerlo con mucha mayor legitimidad que en el pasado, al permitir sostener que la defensa de la actividad principal de la economía valenciana, implicaba defender la mejora en el nivel de vida del conjunto de los ciudadanos; al hacer posible defender que las posiciones económicas apoyadas por los valencianos no eran sólo beneficiosas para los propugnadores, sino que, por sus razonamientos, bien fundamentados en un sistema de bien común, utilizando sus propias palabras, requerían ser aceptadas en beneficio de todos.

Cuando D. Román Perpiñá llegó a Valencia a comienzos de 1930, tras ganar el concurso para acceder a la secretaría del Centro de Estudios Económicos Valencianos en el que compitió con Manuel de Torres, la evidencia de las desventajas que se derivaban para la exportación del protegido marco fijado por la política económica desde finales del siglo xix, empezaba a ser contundente. Si bien es cierto el arancel estadounidense Hawley Smoot, que desencadenó una guerra comercial sin precedentes, todavía no había sido aprobado, el derrumbe de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929 y la crisis de liquidez que generó, trans-

mitieron una inmediata y brutal presión deflacionista sobre el comercio internacional, especialmente intensa para los productos agrarios y las materias primas. Una deflación, que acabaría situando el nivel de los intercambios entre naciones en un cincuenta por cien de su valor anterior al derrumbe bursátil.

Y debe tenerse en cuenta también que frente a la tendencia protectora de la intervención gubernamental en España desde 1891, el rasgo distintivo de la economía valenciana durante, al menos el medio siglo anterior al momento de incorporación de Román Perpiñá al Centro, fue su adaptación a la tendencia expansiva de la demanda externa. Un aumento de sus exportaciones con efectos de arrastre destacados sobre el conjunto de la actividad económica como han subrayado los profesores Lluch y, más recientemente, Jordi Nadal. Unos efectos inducidos, merece ser subrayado, responsables en gran medida de la magnitud alcanzada ya en aquellas fechas por la actividad no agraria. Quizá merezca indicarse, dado que la imagen de una economía valenciana estrictamente agraria se ha transmitido hasta fechas bien recientes, que según una estimación realizada por él mismo, coincidente con el resto de la información disponible, la contribución de la industria al producto regional en 1930 era superior a un tercio de su total, lo que implicaba un porcentaje casi cinco puntos superior a la de la media española.

De esta forma, a diferencia de la inmensa mayoría de las restantes regiones españolas, en donde el crecimiento —modesto en unos casos mayor en otros—, estuvo vinculado bien a una progresiva e indiscriminada protección arancelaria (como la agricultura del cereal) bien a la regulación gubernamental, (como la industria textil) o al gasto público (como los sectores de bienes de inversión), la agricultura del litoral valenciano se adaptó con gran rapidez al aumento sostenido de la demanda procedente de los principales países europeos sin contar para ello con el apoyo público. Con una rapidez que debe ser calificada de espectacular si tenemos en cuenta la escasez de capital resultado del bajo nivel relativo de desarrollo de la economía valenciana en aquellos momentos; lo sucedido en el caso de otras regiones españolas o de aquellos países que han experimentado también un aumento rápido y sostenido de la demanda exterior.

Los críticos son, sin duda, el producto más representativo de esta expansión. Pero debe subrayarse que ésta no se agota en ellos. El conjunto de los productos de regadío experimentaron durante el primer tercio del siglo un ritmo de crecimiento muy notable si nos atenemos a dos indicadores indirectos pero contundentes el aumento de la superficie cultivada y de las exportaciones. El crecimiento de los ingresos en estas actividades, dado el singular equilibrio que se produjo entre estructura de la propiedad y tecnología, hizo posible dos hechos de importancia indiscutible. Por un lado, un aumento sostenido de la renta de un sector amplio de la población activa y de la población urbana responsables de la alteración de la estructura del consumo aumentado el de bienes de consumo duraderos como mueble y calzado de cuero. Y, por otro lado, las necesidades de

inputs (como madera, abonos químicos o motores de riego), generaron una demanda con consecuencias reseñables sobre los sectores secundario y terciario.

Hasta después de la Primera Guerra Mundial, sin embargo, no se hizo patente la contraposición de intereses entre aquellos sectores vinculados, directa o indirectamente, a la exportación y los grupos económicos partidarios del proteccionismo y de la regulación legal de los mercados. Pero con el aumento del tamaño del sector exportador y de sus efectos inducidos; el ascenso de los obstáculos a la libertad de comercio en los principales mercados, tras la crisis de adaptación posterior a la gran guerra, y la pérdida de la posición de abastecedor único de la naranja valenciana en los principales mercados debido a la irrupción de la producción palestina, se hizo evidente que el proteccionismo generalizado de la política arancelaria española dificultaba la obtención de contraprestaciones en las negociaciones comerciales con los principales países consumidores de la producción agraria; esto es Gran Bretaña, Alemania y Francia.

Como reacción ante estos cambios en el contexto interior y exterior, en el País Valenciano, la década de los veinte, especialmente sus años finales, son una etapa en la que no sólo se tomará conciencia de esta contraposición de intereses, sino que también, y de forma muy enérgica, se iniciará la articulación de iniciativas para superar la concepción individualista e insolidaria que, hasta aquel momento, había caracterizado la defensa de estos sectores dinámicos ante la administración, para aumentar su eficacia. El fortalecimiento en 1924 de una institución de la importancia de la *Cámara Agrícola de Valencia* «para luchar contra la indiferencia, la despreocupación, la falta de solidaridad» de los ligados al sector primario y el aumento espectacular del número de sus agrupaciones locales como ha estudiado recientemente la profesora Aurora Bosch, o la creación de la *Unión Nacional de la Exportación Agrícola*, pueden considerarse los dos hitos iniciales de este proceso. El cual, se reforzará en 1927, el mismo año en que el Banco de Valencia era adquirido por un grupo de empresarios valencianos con Ignacio Villalonga a la cabeza, con la aparición de la publicación *El Agrario Levantino* con el fin explícito de contribuir a superar el que «durante muchos años ha vivido la agricultura valenciana falta del amparo necesario por parte de los poderes públicos, obedeciendo este olvido en buena parte a la apatía y desorganización de nuestros productores».

## **ROMAN PERPIÑA GRAU Y EL CENTRO DE ESTUDIOS ECONOMICOS VALENCIANOS**

Es en este contexto de efervescencia en donde en febrero de 1929 se produce la fundación del *Centro de Estudios Económicos Valencianos* que Román Perpiñá dirigió hasta poco después del final de la Guerra Civil. Fundado por inicia-

tiva de Carlos Sarthou, primer presidente de la *Unión Nacional de la Exportación Agrícola* y de Ignacio Villalonga, hombre fuerte, como acabo de indicar, del Banco de Valencia este Centro de Estudios, lo que equivale a decir Perpiñá, impulsó una iniciativa sin precedentes en el País Valenciano: potenciar el estudio riguroso y cuantitativo de su economía para contribuir a la creación de «un criterio económico valenciano». Un criterio que hiciera posible la defensa de sus intereses específicos a partir de la elaboración de estudios que pusieran de manifiesto cuáles era los problemas existentes y cuáles sus posibles soluciones.

Como señaló Carlos Sarthou, al defender la creación de este criterio económico valenciano, «es que la política comercial de los intereses valencianos ha ido siempre a remolque de las líneas generales de Madrid y, ya va siendo hora de que se busque y se encuentre la forma de que la política comercial española no perjudique el desarrollo económico valenciano».

En el contexto del atraso relativo de la economía y la sociedad valenciana, y también española, la importancia de estas iniciativas, y en especial la fundación del Centro es, en mi opinión, difícil de exagerar. Porque los objetivos, como el propio Perpiñá señaló en acto de su presentación como secretario técnico, eran: superar el individualismo dominante hasta entonces; iniciar el estudio riguroso de la economía de forma que se abandonaran las valoraciones puramente personales; y en tercer lugar, impulsar una actuación en defensa de los intereses de la exportación basada en la acción colectiva y en un conocimiento preciso de la realidad. En una sociedad vinculada con claridad al mercado exterior; con una escasa capacidad en el pasado para movilizarse de manera estable en defensa de su competitividad y de la liberalización interior y apertura exterior de la economía española y con no mayor capacidad de influir en las decisiones fundamentales de su política económica, y en la cual los conocimientos cuantitativos sobre temas económicos o sobre la propia realidad productiva eran muy deficientes, la relevancia de la actividad de un organismo de estas características guiada por estos tres objetivos y directa y estrechamente vinculada a la labor desempeñada por este insigne economista está, en mi opinión, fuera de duda.

Una labor incansable, que aun hoy sorprende por su intensidad, orientada en dos direcciones principales: i) investigar la situación económica valenciana y española, y ii) recopilar y difundir información sobre las vicisitudes de la coyuntura internacional para hacer posible un mejor y más amplio conocimiento de sus repercusiones sobre el País Valenciano. De esta forma, si por un lado, su tarea se orientó a organizar un Archivo General de Economía Valenciana, —que acabó teniendo más de cincuenta mil fichas de artículos de prensa española y extranjera clasificadas por temas y países—, y a formar una biblioteca que sigue siendo una de las más importantes de las que existen en España para el estudio de la economía de los años treinta; por otro lado, dedicó una gran atención a investigar con una perspectiva cuantitativa la situación económica y a potenciar la difusión pública de sus resultados.

Como acabo de indicar, su labor en este pionero, dentro del panorama español, centro de estudios económicos no se limitó a recopilar y clasificar información. Ni tampoco al estudio de la realidad económica y al asesoramiento de las instituciones. Se completó con una intensa y eficaz labor de difusión de sus planteamientos y de apoyo a la formación del criterio económico valenciano, que había sido, como he indicado, el objetivo impulsor de la fundación del C. E. E. V. Las sesiones de debate sobre los temas más importantes de la compleja coyuntura económica de los años treinta, celebradas, con una frecuencia semanal entre 1931 y 1933, bajo el título genérico de *Conversaciones sobre economía* son una singular muestra de lo primero. Y su activa presencia en la organización de la I Conferencia Económica del País Valenciano entre mayo y octubre de 1934 del segundo de los aspectos que acabo de indicar.

Según se señalaba en la convocatoria de la Conferencia esta iniciativa fue organizada con el objetivo el poner «en relación a las personas que dedican sus estudios y sus actividades a los problemas económicos, con el fin de hacer un examen general de todos ellos, de sus causas determinantes y de las soluciones posibles para un mejoramiento de la región valenciana, indudablemente de trascendencia para todo el bienestar económico de los componentes del Estado español». Y la intención de sus organizadores, entre quienes destacan, de nuevo, D. Román Perpiñá y D. Ignacio Villalonga, era concluir con una gran asamblea final. Un acto multitudinario «para conocimiento público de las deliberaciones generales de la Conferencia, especialmente de las conclusiones sobre la sección titulada aspiraciones generales para el desarrollo de la economía valenciana». Que las vicisitudes políticas impidieran alcanzar plenamente los objetivos; que las tensas circunstancias de la vida política española de los años treinta mitigaran el impacto social de la iniciativa, no disminuye, en mi opinión, su relevancia ni la clara convicción de Perpiñá de la importancia de vincular el trabajo intelectual con la difusión pública de los retos que impone el alcanzar mayores cotas de desarrollo económico.

Junto a ello, Perpiñá desarrolló también un incansable quehacer para difundir los planteamientos del Centro de Estudios a través de los medios de comunicación. La documentación conservada en el archivo del mismo, muestra su celo en difundir a través de la prensa los aspectos relacionados con los intereses económicos valencianos. Y así, en las carpetas del archivo se encuentran numerosos originales mecanografiados de reseñas de los actos celebrados o de los informes elaborados, en algunos casos incluso, con la fecha a partir de la cual debían ser publicados y que fueron después impresos de manera textual; listas de publicaciones, españolas y extranjeras, a las que se les enviaban, y los textos originales de las conferencias pronunciadas por él mismo o por personas relacionadas con actividades del C. E. E. V. Algo, quizá, habitual en los grupos tradicionales de presión de la economía española pero de lo que no existe constancia previa en el País Valenciano.

## LA SIMBIOSIS ENTRE EL PENSAMIENTO DE PERPIÑÁ Y LOS INTERESES DE LOS SECTORES ECONÓMICOS DEL PAÍS VALENCIANO

Las pruebas de la rápida simbiosis que se produce entre los convencimientos del joven economista, —Perpiñá tenía en el momento de su llegada a Valencia 29 años—, y el de los sectores económicos del País Valenciano son visibles prácticamente desde el mismo momento de su llegada a Valencia a comienzos de 1930. Aun cuando los ejemplos que podrían mencionarse son muy numerosos, quisiera referirme a dos de ellas que me parecen especialmente relevantes. El primero de ellos es su conferencia de junio de ese año acerca de las implicaciones para España del movimiento europeísta impulsado por la presentación del *Memorandum sobre la organización de un régimen de unión federal europea* de Aristides Briand. Su contenido, y su intensa actividad para movilizar a los representantes de las instituciones valencianas; divulgar el *Memorandum* y difundir un escrito de apoyo firmado al mismo por una cincuentena de éstas —redactado, al menos en parte, por él mismo— indican tanto la inmediata identificación de intereses a la que me estoy refiriendo, como una atenuación apreciable de su escepticismo previo sobre las posibilidades de progresar hacia la unidad política europea reflejado en sus artículos de *Catalunya Social* de mediados de los años veinte.

Al mismo tiempo, la conferencia —incluida en el volumen que hoy se presenta— es una excelente síntesis de los principales ejes de su pensamiento económico en el momento de llegar a Valencia. En ella, con la contundencia que domina sus escritos de juventud, insiste en la trascendencia de los procesos de concentración empresarial —tema al que había dedicado su Tesis doctoral— y en sus posibles repercusiones sobre los países menos competitivos a través de la reducción de las cuotas de mercado, interior y exterior, para su industria; enumera los intentos que se habían producido para establecer marcos de cooperación estables o las iniciativas adoptadas para poner en marcha un proceso de unidad europea, y, explícita, por más que sea muy brevemente, las implicaciones de todo ello para el crecimiento de la renta —para el aumento de la civilización y el bienestar en sus palabras— de economías que, como la española de aquellos momentos, mantenían un grado de atraso relativo destacado.

En la última parte de su exposición, Perpiñá disecciona con notable lucidez los rasgos básicos de la específica evolución de la economía española durante las décadas precedentes, apostando con claridad por una industrialización vinculada al mercado exterior como forma de superar el atraso dominante. Y con la vehemencia que he mencionado, enumera la importancia alcanzada por las empresas extranjeras instaladas en España, a pesar de la política nacionalista; califica de hipócrita la actitud de quienes pretendían defender «la independencia económica nacional» ignorando la fuerte presencia extranjera en algunos sectores; exige «un cambio radical de nuestra política económica» antes de estabilizar la coti-

zación de la peseta —un tema de candente actualidad en aquellos momentos— como requisito para asegurar un crecimiento estable; destaca la expansión experimentada por la exportación agraria y denuncia los efectos negativos de la política económica protectora seguida en España desde fines del siglo XIX en los dos campos clave: el terreno arancelario y el apoyo incondicionado del sector público al crecimiento industrial.

Respecto al primero, sus afirmaciones, como es bien conocido, no pudieron ser más contundentes sin caer por ello en el librecambio ingenuo que, excepto en caso del primer país industrializado, no tiene base histórica en la que sostenerse. Para D. Román Perpiñá: «El proteccionismo español, aunque aminorado por las múltiples concesiones de los tratados de comercio, nos ha conducido al marasmo en lugar de prepararnos para luchar en competencia, que éste y no otro fin es el objetivo de un proteccionismo racional». Y en cuanto a la situación a la que había conducido el intervencionismo estatal, su diagnóstico, nada habitual en la literatura económica española de aquellos momentos, no era menos severo: «Y éste es el caso típico de la protección española y de la creación de grandes industrias: el contrato con el Estado. Ninguna fuerza expansiva, ningún deseo de mercado exterior».

La segunda prueba de la rápida identificación entre las ideas de Perpiñá Grau y los intereses de sectores representativos de la economía valenciana al que deseo referirme es el escrito enviado al Ministro de Estado en apoyo de las propuestas de Briand, publicado en la prensa diaria entre el 16 y el 20 de enero de 1931. Su relevancia viene determinada principalmente por dos razones. Primero, por el carácter representativo del escrito firmado por la práctica totalidad de las instituciones económicas del País Valenciano. Y, segundo, por constituir la primera explicitación de algunos de los elementos de «el equilibrio económico español» que contiene *De Economía Hispana*. En lo que desearía insistir, sin embargo, es en la clara y pionera defensa que contiene el documento de la necesidad de integrar a España dentro del comercio europeo; la taxativa vinculación entre desarrollo económico de España y su integración con el resto de Europa.

«Precisamos, por lo tanto, afirmar el documento, aumentar nuestros mercados europeos para mejorar nuestro tenor de vida e importar maquinaria y productos industriales para ampliar y mejorar nuestro utillaje. Nos es preciso establecer una amplia cooperación económica con Europa»

A lo cual añadiría:

«Contra los hechos no podemos luchar. Europa tiende hacia la unidad, y la verdadera independencia sólo la da la cultura y la personalidad. Y la cultura y la personalidad sólo se adquieren con aumento de riqueza y de bienestar, y este aumento, convencéos bien, sólo mediante colaboración internacional es como puede obtenerse. Y sólo los pueblos débiles son los que rehúsan relacionarse con el exterior».

## EL PROCESO TEMPORAL DE ELABORACION DEL •EQUILIBRIO ECONOMICO ESPAÑOL•

Así pues, si las ideas de Román Perpiñá tuvieron repercusiones reseñables en el grado de articulación social de los valencianos, también puede detectarse una influencia apreciable de estas preocupaciones sociales en la evolución de las ideas cuyo resultado más acabado son las páginas de *Economía Hispana*. Y es a través de este proceso de influencia mutua como se produce, en mi opinión, el avance en tres líneas fundamentales de sus aportaciones de estos años: i) la importancia de la apertura al exterior en el desarrollo económico de España; ii) el decisivo papel a desempeñar por la industria en el aumento de la renta por habitante que propugnaba y iii) la crítica a los efectos de la actuación protectora e intervencionista del sector público desde los decenios finales del siglo XIX.

En los textos de sus múltiples conferencias, se constata la presencia de los elementos significativos del sugestivo análisis que contiene *De Economía Hispana*: los efectos negativos de la política interventora sobre la competitividad de la industria y la importancia alcanzada por las exportaciones agrario. O, en otros casos, la debilidad del mercado interior derivado del bajo nivel de renta lo cual exigía una política de cooperación con Europa para ampliar la demanda de productos manufacturados.

De todas ellas, en mi opinión, la conferencia de Unió Catalana, *L'interés colectivo de Catalunya i Valencia*, dictada en 1932 tiene un interés singular. Constituye la primera ocasión, de la que hay constancia, en donde aparecen la práctica totalidad de los elementos de su modelo y algunas de sus conclusiones más sobresalientes como el papel determinante de la agricultura mediterránea en el crecimiento del conjunto de la economía.

Partiendo de un pionero modelo dual con un sector tradicional (agricultura interior, metalurgia y minería del carbón) y otro moderno (agricultura de exportación e industria de bienes de consumo), Perpiñá expuso cómo «las leyes clásicas del desarrollo de la agricultura y de la industria», habían determinado en España un ritmo de aumento del consumo de productos manufacturados por el sector agrario interior, insuficiente para permitir el rápido y sostenido crecimiento de la primera, instalada «con costos sólo absorbibles por un mercado español protegido».

Y también, expone con claridad cómo la crisis de la exportación había provocado una «balanza comercial deficitaria, gran disminución de su enorme capacidad de consumo de productos españoles y, especialmente catalanes (...) de donde también perjuicio a las producciones catalanas que ven un mercado grande y próspero» (con mayor nivel de renta debido a los altos precios que alcanzaban sus productos en los mercados europeos), «disminuir de consumo en gran cantidad».

Una situación provocada por la política económica de protección integral, que había conducido a unos costos elevados de los productos del sector tradicional

«que no reportan más ventajas a Cataluña que una mayor prosperidad de la economía en Valencia». Y ello por cuanto «con jornales caros, los productos agrícolas catalanes y valencianos son caros, y con la baja del consumo en el extranjero, las regiones agrarias catalanas y valencianas disminuirán sus beneficios y, por lo tanto, bajarán también de consumo, de poder de compra de productos catalanes». Ante lo cual, y tras concluir exponiendo su convencimiento sobre la existencia de intereses comunes a ambas regiones, proponía como medida de colaboración a corto plazo la unión para liberalizar la política económica: «La elevación de los costes españoles es debida a actos de política económica intervencionista; pues sólo con actos contrarios es como se puede solucionar». En mi opinión es difícil sintetizar en menos frases el reto fundamental al que se enfrentaba la situación económica de España en aquellos momentos.

Ciertamente, la difícil situación económica internacional durante la primera mitad de los años treinta modificaría su enfoque inicial de forma perceptible, al igual que las tensiones interiores repercutirían en el éxito de las propuestas defendidas por las instituciones valencianas. El énfasis de sus convencimientos iniciales se situaba en la profundización de los factores, micro y macroeconómicos, que podían fomentar un crecimiento más rápido. A partir de 1933, las dificultades y desequilibrios que provocaba la sustancial caída de la exportación le llevaron a prestar una mayor atención a los problemas del sector exterior. Pero ello no le condujo a dejar de insistir en su idea fundamental expuesta ya en su primera intervención pública tras su llegada a Valencia: que «una política autárquica que proteja al mismo tiempo la industria y las substancias alimenticias de consumo mundial y las primeras materias (carbón, etc.), conduce a una saturación del mercado interior», en términos más actuales, al estancamiento en el atraso relativo que había dominado la economía española hasta aquellos momentos.

Ante todo ello, y quisiera finalizar con ello mi intervención en este acto de homenaje, cabe plantearse si una plasmación práctica de los planteamientos de este insigne economista desde fines del siglo xix no hubiera conducido a unos niveles muy superiores de renta y desarrollo —de civilización y bienestar como a él le gustaba denominarlo— para la mayoría de los españoles. Quizá, la implícita pero abrumadoramente mayoritaria respuesta afirmativa a este interrogante por parte de los historiadores y economistas españoles ayude a explicar los sucesivos éxitos sobre la prueba del tiempo de sus escritos y el no menos amplio reconocimiento a la relevancia de su aportación.